

UN DÍA EN VACHERON CONSTANTIN



TEXTO Y FOTOS DE SERGIO ZAGIER CON LA COLABORACIÓN DE CLAUDIA HERRERA

Visitar la casa de Vacheron Constantin es un lujo que pocos pueden darse. Experiencia bucólica y a la vez atemporal, llegamos en una limusina y nos fuimos con poderosas imágenes que atesoran el conocimiento de siglos al servicio del tiempo hecho a semejanza de los sueños.

Para un entusiasta de los relojes sofisticados y de la historia de la exploración de la Patagonia, el modelo de Vacheron Constantin Famosos Exploradores, dedicado a Magallanes, es casi una experiencia religiosa. La esfera esmaltada muestra un mapa de Tierra del Fuego en estilo antiguo con leyendas en español y no tiene agujas sino dígitos sueltos que vuelan sobre un arco de 120 grados a lo largo de una hora. Algo innovador y al mismo tiempo con una estética de medio milenio atrás. Con la imagen de ese mapa del estrecho de Magallanes partí hacia Suiza, esperando visitar la manufactura Vacheron Constantin.

Previo paso por Zürich, generalmente la puerta de entrada al país para los viajeros de Sudamérica, un tren convencional e hiper puntual nos cruzó desde la zona de habla germana a la región francoparlante y cuna de la relojería clásica. La estación central de Ginebra es el punto de llegada, y desde allí un hermoso camino conduce al hotel en el casco histórico, con unas pocas paradas de tranvía. La visita a la Manufactura sería temprano al día siguiente, por lo cual todavía tenía toda la tarde para recorrer la costa del lago donde no pocas boutiques de alta relojería exhiben sus colecciones.

Fue en esa área de la antigua Ginebra donde nació Vacheron Constantin en 1755 y donde nunca dejó de operar hasta el día de hoy. La boutique más emblemática abre sus puertas sobre una isla en la desembocadura del lago Lemán.



Al día siguiente, entonces, una limusina con nuestro nombre en un cartel pasó a buscarnos para llevarnos hasta un sector más alejado del centro, a unos 20 minutos, llamado Plan-les-Ouates, donde desde 2004 funciona la sede principal de Vacheron Constantin. Al acercarnos se pudo notar que el edificio es una obra de arte arquitectónica en sí misma, diseñada por el suizo-francés Bernard Tschumi. Vidrio y metal rodean amplios espacios en la recepción, donde nos esperaba Armelle Carreras, guía de habla inglesa. Así, en compañía también de Aude Pittard, encargada de Relaciones Públicas, comenzó la recorrida por la Manufactura, sin cámaras fotográficas, ya que nadie puede registrar lo que pasa en los emblemáticos sectores de producción.

En la planta de Ginebra trabajan 350 personas, a las que hay que sumar otro tanto que se desempeña en la zona de producción establecida en el Valle de Joux, otra área profundamente relojera. La marca entrega al mercado alrededor de 19 mil





piezas anualmente. La recorrida consiste en la visita a los talleres ubicados a ambos lados de pasillos vidriados desde donde se puede contemplar la dinámica de fabricación. Cada sala, en general, domina una especialidad y, cuanto más exquisita es la tarea, menos poblada de técnicos se encuentra. Así, contrariamente a lo que podría pensarse, los sectores de armado de calibres más simples –si es que este adjetivo puede aplicarse a Vacheron Constantin–

pueden contar con una veintena de especialistas. En cambio, el armado de una gran complicación puede estar a cargo de sólo dos o tres expertos con muchos años de experiencia. Entre ellos, un técnico español que estaba siendo entrenado por un veterano especialista en grandes complicaciones, que pronto se retiraría. El período de aprendizaje durará uno o dos años, tiempo durante el cual, constantemente, el maestro estará traspasando su experiencia de décadas al discípulo.

Nada más ver la mesa de trabajo del experto inspira un respeto inusual hacia una persona que guarda en su mente y en sus habilidades décadas de experiencia en dar vida a esas milagrosas maquinillas, precisas y con múltiples funciones, básicamente equivalentes a las que producían los genios del siglo XVIII.

A propósito de enseñanza y educación técnica, Vacheron Constantin cuenta con un atelier de formación de jóvenes relojeros que provienen de la escuela de Ginebra. Allí terminan de capacitarse en la experiencia real de una manufactura y luego quedan incorporados a la firma. Es una gran

inversión de la compañía que asegura la continuidad en el plantel de profesionales que –al nivel de una marca de primera línea– requieren una habilidad y una responsabilidad impecables.

De ahí partimos hacia el pequeño sector de esmaltados, una de las especialidades de los modelos de la marca. Fue posible ver muestras de los pigmentos azules transparentes que se aplican sobre superficies grabadas para dar esos efectos típicos de los relojes decorados.

Muchos de los calibres que se producen lucen un grabado decorativo hecho a mano sobre puentes y platinas. Eso convierte a los relojes también en joyas, en particular por la tendencia de muchas marcas al lanzamiento de modelos esqueletonizados o con la tapa posterior de cristal transparente en reemplazo del metal del resto de la caja. Los modelos de Vacheron Constantin son un clásico en este sentido; basta recordar sus *tourbillones* con el puente expuesto y con la forma de la cruz de Malta, una pequeña pieza de puntas afiladas y de muy difícil producción.

Párrafo aparte merece el tema del Punzón de Ginebra. Se trata de un galardón muy exigente que se otorga cuando se cumplen ciertos requisitos técnicos impuestos por una comisión independiente que apunta a la mayor excelencia. En uno de los pasillos de la Manufactura, un largo panel describe en detalle cada uno de los puntos que los calibres deben cumplir para ser aprobados y estampados con el punzón. Por supuesto, Vacheron no sólo reúne sino que supera esas exigencias y está habilitada para exhibir el diminuto escudo en sus relojes.



“

En las salas, la atmósfera no sólo es de orden y concentración sino de una profunda serenidad. Como si tuvieran todo el tiempo del mundo de su lado.

”

Siguiendo la recorrida del edificio, la atmósfera de las salas no sólo es de orden y concentración sino de una profunda serenidad. Como si tuvieran todo el tiempo del mundo de su lado. Los grandes espacios vidriados, a través de los cuales la luz entra sin restricciones, rememoran los talleres y hogares donde hace dos o tres siglos los relojeros diseñaban, fabricaban o reparaban relojes con una modalidad más parecida a la artesanía que a la industria. Era la época heroica de la relojería: los relojeros no sólo producían calibres nuevos, descubrían principios y creaban conceptos para conservar el tiempo bajo control, sino que también inventaban escapes, compensaban la temperatura, decoraban pequeñas obras de arte.

De eso conversamos con Christian Selmoni, director artístico de la firma, en una sala privada exquisita. Grandes ventanales dejaban ver los alrededores semiurbanos, muy verdes y bucólicos. En el resto de las paredes se lucían relojes antiguos de colección. “Nuestra industria sufrió una epidemia casi terminal hace unas décadas –dice Christian– pero

gracias al empuje y el coraje de algunos visionarios, la relojería clásica sobrevivió y prosperó.”

Tras visitar Vacheron Constantin y conocer la decoración, la sobriedad, el respeto por los detalles de cada pieza, se comprende la afición de los coleccionistas que dan todo por un reloj como los que aquí se producen. ◇

